

IDENTIDAD IGNACIANA: UN MODO DE SER.

Oscar E. Buroz Echenagucia S.J

¿DE QUÉ HABLAMOS, CUANDO HABLAMOS DE IDENTIDAD?

Con el fin de hacer comprensible lo que significa el término «*identidad ignaciana*» aplicada a una persona, se considera pertinente comenzar la reflexión mediante una aproximación al sustantivo «*identidad*», para luego ver que le añade el adjetivo «*ignaciana*». En sentido general, el término «*identidad*» hace referencia al conjunto de representaciones mentales que toda persona tiene de sí misma y en las que se lleva a cabo un auto-reconocimiento.



Esta representación mental se produce como síntesis de la relación entre la auto-imagen y la manera como ese sujeto interpreta el mundo; lo cual, genera patrones de conducta recurrentes que pueden ser reconocidos y esperados por terceros. Se ejemplifica en la expresión: “es que fulanito(a) *siempre* se comporta (habla, se viste, reacciona, se arregla, etc) así”. “El poseer una *identidad personal bien integrada presupone tener un conocimiento claro y preciso de nuestras capacidades, intereses, actitudes, objetivos, normas y valores. Es el saber quiénes somos y estar a gusto con ello, el conocer que queremos y luchar por obtenerlo dentro de las reglas que nos dictan nuestras propias normas y reglas.*”¹

La *identidad* personal no es una “etiqueta” colocada desde el exterior, puesto que es lo le hace ser consciente a cada quien sobre su condición de ser único e irrepetible, solo igual a sí mismo en el tiempo y el espacio.

Este conjunto de representaciones mentales que conforman la Identidad no se dan de una vez y en forma definitiva. Se van modificando a lo largo de la vida de la persona, dadas las relaciones de mutua influencia que se van generando en los diferentes contextos por los que pasa un individuo. “La construcción de la identidad no es un trabajo solitario e individual. Se modifica en el encuentro con el Otro, cuya mirada tiene un efecto sobre ella. La identidad se sitúa siempre en un juego de influencias con los otros: «estoy influido por la identidad del Otro y mi identidad influye en la suya».

En un constante movimiento de ida y vuelta, los otros me definen y yo me defino con relación a ellos. Estas mutuas definiciones revisten la vía de señales con mensajes verbales y no verbales, como la elección de un vestido o de un peinado. Incluso cuando el Otro no mira, siempre hay una interacción, que se produce en el interior de un contexto, influyendo la relación con el Otro (...).”²

Tomar conciencia de esta relación de mutua influencia, posibilita comprender lo dinámico y personal que es la construcción de una identidad. Esta “(...) se va elaborando a partir de las diversas identificaciones (con otros individuos) no se construye como un mero precipitado de las mismas. Como muy bien señaló E. Ericsson, cada sujeto va constituyendo una síntesis dinámica particular, resultante de un proceso de asimilación y de rechazo de esas identificaciones previas y de la interacción entre el desarrollo personal y las influencias sociales.

¹ Rodríguez Sánchez, José Luis. *Concepto de Identidad Personal*. Disponible en: http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/mocl/rodriguez_s_jl/capitulo1.pdf

² Dronda, Belén. *El Concepto de Identidad*. En: Dossier para una Educación Intercultural. Centro de Investigación para la Paz, CIP-FUHEM. Madrid-España. 2005. Disponible en: <http://www.fuhem.es/ecosocial/dossier-intercultural/contenido/9%20EL%20CONCEPTO%20DE%20IDENTIDAD.pdf>

*Todos vamos necesitando alcanzar una identidad personal que nos posibilite decir y decirnos a nosotros mismos “soy yo”, diferenciarnos de los otros y narrarnos, contarnos, ante esos otros para ser por ellos reconocidos y comprendidos.”*³

El tener claridad sobre la *identidad personal*, pasa por tomar conciencia de que ésta se va haciendo a lo largo de toda la vida. *“La identidad, por otra parte, constituye un dinamismo siempre vivo y activo, una especie de campo de fuerzas, de luchas, a veces de conflictos, en los que se va trenzando el carácter con la disciplina. Un proceso vivo, pues, que no se ve nunca concluido sino con la propia muerte”*⁴

Tal como se deja ver, la conformación de la personalidad no es, ni remotamente, un proceso que adolece de conflictos. Al respecto, Domínguez Morano S.J afirma lo siguiente: *“... no se constituye desde una plena pasividad por parte del sujeto. Cuenta también como factor esencial el de la propia decisión en ir dando forma y estilo, “estilo personal”, a ese material que la vida ha ido configurando en cada uno. Construcción de sí mismo, pues, en la que articulamos nuestro querer, nuestra decisión y nuestra aspiración ideal con lo que a través de los otros se fue sedimentando en nuestro interior.”*⁵

La *identidad personal* da cuenta de preguntas fundamentales de la existencia, tales como: ¿Quién soy Yo? ¿Qué soy? ¿Cuál es mi origen? ¿Cómo me relaciono con la sociedad en la que vivo? ¿Cuál es el derrotero de mi vida? ¿Qué quiero ser? ¿Cuál es mi papel en la Vida? ¿Qué sentido tiene mi existencia? Ahora bien, dar respuesta a estas interrogantes es una tarea absolutamente personal, indelegable, si en verdad se quiere que ellas sean una vía para constituir una persona en plenitud.

Con fines didácticos, podríamos decir que el estudio de la *identidad personal* se puede realizar, analizando los siguientes aspectos:

- a) *La Historia Personal*: conformada por el conjunto de acontecimientos vividos e interconectados, organizados cronológicamente, que por su relevancia, así como por sus consecuencias o impactos en la vida de la persona, pueden ser fácilmente identificados como hitos existenciales. Es la manera como se narra la persona.
- b) *La Corporeidad*: se deriva del dato evidente que todo individuo es un ser orgánico y dotado de un cuerpo. En este sentido hay cualidades que, indudablemente, particularizan a las personas: el color de la piel, la estatura, el peso, el género, el sexo, etc.
- c) *Los Deseos*: estos se producen como consecuencia de uno o más sentimientos no satisfechos -sea para el conocimiento, consecución y disfrute de algo- los cuales pueden ser postergados voluntariamente o no.⁶
- d) *Los Temores*: todo aquello que genera en los individuos sentimientos de inquietud y/o miedo, por considerarse peligroso o perjudicial. La manifestación compulsiva frente a “eso” es la necesidad de huir, escapar o evitar. Así, por ejemplo, se tiene el temor al dolor, a la soledad, al ridículo, a la vulnerabilidad, etc.

³ Domínguez Morano S.J S.J, Carlos. *La configuración psicosocial de la identidad*. En: MANRESA. 2008. Vol. 80. pp.35-36.

⁴ Idem. p. 36.

⁵ Idem. p. 36.

⁶ El p. Carlos Cabarrús, en su libro *La Danza de los Íntimos deseos*, puntualiza sobre este aspecto, lo siguiente: *“El deseo es una sensación muy especial; es un impulso vital que me lanza a la consecución de algo que añoro porque intuyo que me plenifica y me da felicidad. Hay niveles de profundidad de los deseos, los más profundos hablan de lo que de verdad puedo ser yo.”*⁶ Cabarrús, Carlos. *La danza de los íntimos deseos*. Edit. Desclée De Brouwer. Bilbao-España. 2006. p.65

En opinión del p. Cabarrús, los deseos son la clave para entender lo nuclear de la identidad personal: *“Lo que nos hace personas únicas son esas fuerzas en nuestro interior que nos hacen capaces de superar los peores momentos de nuestra vida; esas fuerzas que nos sacan de lo más oscuro y nos devuelven a la existencia. Y estas fuerzas no son las mismas para todos. Para algunas personas será el deseo de vivir y de ser libre. Para otras, en cambio, será el deseo de servir, el amor a alguien, la atención a los necesitados. Esa combinación de un puñado de cualidades, de potencias, de deseos, es lo que fundamentalmente me hace ser yo.”*⁶ Cabarrús, Carlos. Ob. cit. p.64

- e) Los Valores y Principios: los Valores constituyen todas aquellas convicciones profundas de las personas, que, dado su rol normativo y regulador, determinan y orientan el modo de proceder de los individuos.⁷ Los *Principios*, por su parte, son reglas o normas éticas de carácter general, las cuales, aunque se tienen interiorizadas, generalmente los individuos no son conscientes de la influencia que ellas ejercen en su modo de proceder habitual.⁸
- f) Las Creencias: en palabras del Dr. Fernando Savater, las creencias son: “... esas certezas que damos por descontadas hasta el punto de no pensar siquiera en ellas.”⁹

Las creencias son afirmaciones personales que funcionan como “verdades”, a través de las cuales, y junto a los valores, se da significado y coherencia a la representación mental que cada individuo hace del mundo exterior.¹⁰

- g) Las Competencias: constituyen el elenco de habilidades, destrezas y talentos que una persona tiene, para llevar a cabo, virtuosa y efectivamente, una acción en un determinado ámbito. Coloquialmente hablando responde a la pregunta: “¿Para qué o en qué eres bueno?”

Tal como se refirió en párrafos precedentes, aparte de la auto-imagen, al analizar la *identidad*, también se tienen que tomar en cuenta los contextos en los que está la persona. El filósofo español Ortega y Gasset lo sintetizaba con la expresión: “*Yo soy yo y mi circunstancia*”. En ese contexto se incluyen la religión, la moral, la ciencia, la filosofía, el arte, el derecho, las instituciones políticas así como jurídicas, entre otros; es decir, el conjunto de elementos de la superestructura cultural en las que la persona transita su existencia. Ellas pautan, enseñan qué es lo socialmente aceptado y posibilitan la creación, así como el traspaso, de tradiciones, costumbres, creencias, etc. Aunque son una fuerza externa a los individuos, tienen gran impacto en su vida interior.

Llegados a este punto, se debe pasar a ver que le añade el adjetivo *ignaciana*, al sustantivo *identidad*. Así, cuando se esté hablando de la *Identidad ignaciana*, se estará haciendo referencia a una identidad que ha asumido el modo como Ignacio de Loyola cultivo para sí y enseñó a otros, la forma de habérselas con la realidad; cómo sintió, entendió y vivió su relación con Dios, con los otros, con el mundo y consigo mismo.

⁷ El p. Mikel de Viana S.J establece una manera sencilla de aproximarse a la consideración sobre este tema: “*Los valores son, pues, aquello a lo que le entregamos la vida, aquello por lo que vale la pena vivir... Permítaseme la licencia: si quisiéramos saber realmente qué valores animan la vida de la gente concreta, un ejercicio indicativo de alta eficiencia sería determinar en qué gastan el tiempo, la energía y el dinero... especialmente cuando no está sometida a la coerción de la necesidad.*” De Viana, Mikel. *Educación moral: educación en valores*. UCAB-Guayana. Material Mimeografiado. 2002. p.1

⁸ Los Principios operan como una especie de “vía rápida” que tienen como finalidad ayudar a seleccionar la acción más acertada para alcanzar o mantener un estado de paz, satisfacción o la coherencia personal entre el sentir y el actuar “correctamente”. Operan en el ámbito del “deber ser”. Algunos ejemplos de ellos son: “Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti”, “Mentir es malo”, “A las mujeres, ni con el pétalo de una Rosa”, “Hay que respetar a las personas mayores”, “Los Hombres no lloran”, “Con la familia, con razón o sin ella”, “Los trapos sucios se lavan en casa”, etc. En no pocos casos, cuando las acciones no mantienen correlación con los principios, se produce intranquilidad, ansiedad ese desasosiego que comúnmente se denomina “remordimiento de conciencia”.

⁹ Savater, Fernando. *Las preguntas de la vida*. Edit. Ariel. Barcelona-España. 2003. p.55

¹⁰ Las Creencias afectan el proceso de percepción de la realidad, el cual tiende a ser selectivo, con el fin de reforzar y justificar su existencia. En otras palabras, “las creencias hacen ver, lo que se desea ver”. Esto, indudablemente, influencia sobre la conducta de la persona que la posee.

IDENTIDAD IGNACIANA: ¿CÓMO ENTENDER ESO?



Si una persona dice que asume, o, como diría Ignacio, manifiesta “*el deseo de tener el deseo*” de vivir en clave de *Identidad ignaciana*, está diciendo que existe -o quiere que exista- una correlación entre su identidad personal y la propuesta de Ignacio.

Esta correlación se puede conceptualizar con el término “*identificación*”, el cual se puede entender como “... *un proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste*”¹¹

Mediante la *identificación*, el sujeto desea integrar, en su vida, los atributos que su modelo le ofrece como atractivo. Ahora bien, este proceso tiene dos grandes tendencias: la primera tendería a una apropiación de los rasgos para copiar. El sujeto, enajena, niega su identidad original, para repetir el modo de proceder de su modelo. El devenir de esta postura es tornarse en una “*caricatura*” del modelo. Está claro que esta tendencia no nos interesaría cultivar en el Programa de Liderazgo

La segunda tendencia apunta no a la copia, sino a la personalización profunda de la esencia de la identidad del modelo. Domínguez Morano S.J plantea al respecto: “*En la identificación, un Yo se convierte en otro Yo y pasa a sentir y a comportarse del mismo modo que el segundo. Es, tal como lo ha formulado H. Kohut una internalización transmutadora que logra una nueva estructuración del sujeto.*”¹² Sin que eso signifique la negación de la identidad original.

Como se puede intuir, se está delante de algo muy delicado, que toca lo medular de la persona. En este sentido, se puede apreciar mejor que la *Identidad ignaciana*, no puede ser una moda o una “*franela (playera, camiseta)*” que pone y se quita a conveniencia dependiendo del contexto, ni se decreta, ni se logra por puro voluntarismo, ni se tiene porque lo diga un certificado, o porque se egresó de una determinada institución o se esté “*pasivamente*” en un programa de formación que pueda abordar este tema.

Tampoco hay *identidad ignaciana*, por el mero hecho de mantener una relación favorable, incluso de gran fidelidad, con una determinada obra vinculada con la Compañía de Jesús. Ciertamente, esto puede ser muy loable, dependiendo de las motivaciones; sin embargo, es necesario diferenciar la “*filias*” o el sentido de pertenencia a una determinada institución con un modo de estar e interactuar *con* y *en* el mundo.

Por otra parte, la *identidad ignaciana* tampoco es un mero saber racional. Se reconoce lo valioso de manejar datos, nombres, términos, expresiones; sin embargo, por más nociones que se tengan sobre el tema, lo que se desea es que éstas formen parte de un proceso integrador de la persona, incidiendo en los sentimientos, deseos, ideas, valores, etc. La formación de la *identidad ignaciana* no es aprenderse una determinada jerga o a estructurar discursos, sin que estos estén conectados con la vida misma, con la sensibilidad de la persona.

No es de extrañar que, dada la manera de argumentar lo que *no es la identidad ignaciana*, tal como se realizó en los párrafos precedentes, surja en el lector o lectora, un cierto saborcillo a frustración y comience a aparecer la pregunta sobre el cómo poder desarrollarla.

Por otra parte, también es necesario advertir, que para el caso de la *identidad ignaciana*, la *identificación* no es con la persona de Ignacio en estricto sensus, sino con la *espiritualidad* que brota de sus Ejercicios Espirituales. Ahora bien, para poder comprender mejor esta *espiritualidad ignaciana*, apreciar su novedad y tener una perspectiva adecuada que posibilite ponderar sus alcances, así como limitaciones, es importante, conocer la vida de Ignacio, ver hacia dónde apuntó su existencia, cuáles fueron sus búsquedas y qué medios usó para acentuarlas.

¹¹ Domínguez Morano S.J S.J, Carlos. Ob. cit. p.34

¹² Idem.

Dicho de otra manera: alguien irá robusteciendo la *identidad ignaciana* en la medida que, en clave de fidelidad creativa, dependiendo de tiempos, lugares y personas, va experimentando una identificación, positiva, progresiva y profunda, con la manera de vivir la relación con Dios, con los otros, con el mundo y consigo mismo, tal como lo presenta la *espiritualidad* que brota de los Ejercicios Espirituales.

¿QUÉ ES LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA?

Tal como se ha venido afirmando, la *identidad* desarrollada por San Ignacio hunde sus raíces, y cómo dudarlo, en una *espiritualidad*. De ella obtiene su norte, sus criterios para discernir y elegir, su “desde dónde” y su “a favor de quién”; de la *espiritualidad*, en definitiva, obtiene las claves fundamentales de su *modo de proceder* en la vida cotidiana.

¿Qué entender, entonces, por *Espiritualidad ignaciana*? Las páginas precedentes señalan el modo de dilucidar este interrogante; es decir, preguntando primero qué es *Espiritualidad (como sustantivo)*, y luego, juntarle lo ignaciano (como adjetivo).

Una primera aproximación muy general a esta pregunta sería la siguiente: *“La espiritualidad tiene que ver con la vida y con nuestra forma de vivirla. Tiene que ver con el ánimo con el que nos levantamos todos los días para ir a trabajar, con la manera de afrontar los problemas de los hijos o con nuestras relaciones con el vecino. Tiene que ver con nuestra reacción cuando, delante del espejo, las arrugas nos indican que vamos envejeciendo; tiene que ver con las páginas que visitamos en Google, con nuestro tiempo libre, o con el espíritu con el que sobrellevamos la enfermedad, nuestra o de un ser querido. Y tiene que ver, por supuesto, con lo que las personas creyentes llamamos Dios y con esa experiencia que cambia la vida hasta el punto de querer desvivirse por los demás.*

Espiritualidad viene de «espíritu», que originariamente significa viento, aliento. Indica libertad, brisa, algo difícil de encerrar y encasillar. Por eso, la espiritualidad no es patrimonio de las religiones y de los creyentes. Muchas personas, quizás tú, alejadas hoy por distintos motivos de las grandes tradiciones religiosas, no renuncian por ello a cultivar su espíritu.”¹³

Presentado así el término, se podría colegir que *espiritualidad* tiene que ver con llevar una vida según el “*espíritu*”, es decir, según ese dinamismo interno que orienta, dota de sentido, inspira a cada persona. De esta «*vida según el espíritu*» es de donde *“emana la capacidad de intuir, de lograr ver más allá de las apariencias, de experimentar lo infinito y de poder encontrar sentido y valor a lo que hacemos y vivimos. De ella procede la demanda interna de querer ser felices y la capacidad de realizar actividades “improductivas” y gratuitas, como disfrutar de una puesta de sol, del aroma de un ramo de flores, de acariciar un niño, del deleitarnos escuchando una obra musical o contemplando una obra de arte”¹⁴*

Una persona espiritualmente sensible desarrolla una mirada aguda que es capaz de encontrar belleza en lo que para otros es corriente y ordinario. Pero no sólo es fortalecimiento del sentido estético, sino que también *“no se contenta con el conocimiento superficial de las cosas, del mundo, de lo que le rodea; no le basta con una visión panorámica; pretende ir a fondo y en este caminar descubre una serie de elementos y propiedades, de niveles de la realidad que a simple vista le habían pasado desapercibidos. La vida espiritual es profundidad, movimiento hacia lo desconocido, interés por lo que está oculto, por lo que es invisible a los ojos.”¹⁵*

Ahora bien, ¿cómo entender qué es la *Espiritualidad ignaciana*?: lo primero que surge a modo espontáneo es que esta *“no consiste en sumar a todo lo que ya hacemos otras actividades «más espirituales».* No se trata de «...y ahora, además de lo que haces, apártate de todo y ponte a rezar». La *espiritualidad ignaciana* intenta ayudar a vivir la vida de una forma integrada. Integrar es marcar un horizonte claro en el proyecto personal de vida: un horizonte que da

¹³ Provincia de Loyola. *Cinco claves de Espiritualidad Ignaciana*. Edit. Mensajero. Bilbao-España. 2010. pp.7-8.

¹⁴ Alonso Sánchez, Ana. *Pedagogía de la Interioridad*. Edit. Narcea. Madrid-España. 2011. p.25

¹⁵ Torralba, Francesc. *Inteligencia Espiritual*. Edif. Plataforma. Madrid-España. 2010. p.56

un plus de calidad y sentido a lo que se va haciendo, que ayuda a vivir reconciliado con uno mismo, con los demás y con la creación.”¹⁶

La *Espiritualidad ignaciana* no lleva a una ascesis que aparta del mundo. Todo lo contrario, nada humano le es ajeno, siendo en el mundo -con sus luces y sombras- donde despliega sus dinamismos. “*La Espiritualidad ignaciana es un camino para mirar la vida de una manera nueva, agradecida, con ojos compasivos y comprometidos, con dosis de humor, de sentido común, de apoyo en los demás, de una lectura sabia de nuestro pasado para no tomarnos trágicamente el presente y vivir inspirando futuros.*”¹⁷

Esta *Espiritualidad Ignaciana* habla de una vida “según el espíritu” o “inspirada”, que busca percibir, sentir, pensar, juzgar y elegir desde un talante ambientalmente responsable, al servicio de la dignidad humana así como del respeto a los derechos de las personas, especialmente de los más necesitados y excluidos de la sociedad, buscando el bien común, actuando según el modo de proceder de Jesús de Nazaret.

Pero cuidado, que no se entienda el párrafo precedente como la justificación para un talante de simple “activista social”, sin sentido de la trascendencia. Se insiste en esta idea: la *Espiritualidad ignaciana* es ante todo una experiencia mística, una experiencia de relación profunda entre la persona humana concreta y Dios, o como diría Ignacio, de la criatura con su Creador; la cual, lleva al individuo a una toma de conciencia de tanto bien recibido a lo largo de su existencia, comenzando por el don de la vida. De este sentirse amado, aceptado y convocado, mana una gratitud que está a la base de la actitud fundamental de la persona ignaciana: *en todo Amar y Servir*.

El p. Jerónimo Nadal S.J, asistente personal de Ignacio, utilizaba la expresión, *Contemplativos en la Acción*, para describir como él entendía la vivencia de la *Espiritualidad ignaciana*. Con esto intentaba indicar el necesario equilibrio entre ser una persona que cultiva su relación con Dios, pero que no pierde contacto y compromiso con su *aquí y ahora*, para actuar en consecuencia. En la actualidad se diría que es una opción, libremente asumida, que lleva a un *servicio proactivo de la Fe y la promoción de la Justicia*.

“Ignacio no quiso fundar una escuela espiritual. Al menos no fue esa su intención al iniciar su seguimiento de Cristo. Sin embargo, movido por su deseo de aprender de las experiencias espirituales de otras personas, dialogando con ellas, va cayendo en la cuenta de que su itinerario puede servir a otros. Dotado de una gran capacidad de introspección y de habilidades para lo que hoy llamaríamos la metacognición, fue elaborando unos criterios y un derrotero para facilitar el acceso de otros a una experiencia de conversión similar a la suya.”¹⁸

Tal como se ha comentado, la experiencia que fue desarrollando la plasmó en el texto autógrafo llamado “*Ejercicios Espirituales*”, para que otras personas, en otros tiempos y lugares, también tuvieran la oportunidad de experimentar esa vivencia profunda de Dios que cambia el modo de habérselas con la realidad.

Otro dato interesante de la *Espiritualidad Ignaciana*, es la condición laical¹⁹ de su origen, tal como lo afirma el p. C. Cabarrús S.J: “*La Espiritualidad ignaciana, la ignacianidad, nace pues como un carisma laical, descubierto por un laico –Ignacio de Loyola- y con una metodología –los Ejercicios- que fueron concebidos desde esta perspectiva. Sólo pasados muchos años y muchas experiencias, los compañeros deciden constituir la Compañía de Jesús, en donde se plasma la espiritualidad Ignaciana cuando ésta se hace congregación religiosa.*”²⁰

¿Qué implica esta característica laical de la *Espiritualidad ignaciana*? Entre otras cosas, que ésta no es para una “élite de iluminados”, sino que está al alcance de personas normales, comunes y corrientes que, desde una

¹⁶ Provincia de Loyola. *Cinco claves de Espiritualidad Ignaciana*. Edit. Mensajero. Bilbao-España. 2010. p.9.

¹⁷ Provincia de Loyola. *Cinco claves de Espiritualidad Ignaciana*. Edit. Mensajero. Bilbao-España. 2010. p.9.

¹⁸ Quiros, Javier. *Espiritualidad ignaciana*. En Vásquez, Carlos. *Propuesta educativa de la compañía de Jesús*. Edit. ACODESI. Bogotá-Colombia. 2006. p.85

¹⁹ Laical viene de laico(a) y por este término se entiende –al igual que en la época de Ignacio-, a aquellas personas que no pertenecen al clero, ni a ninguna orden religiosa.

²⁰ Cabarrús, Carlos. La espiritualidad ignaciana es laical. En *Cuadernos ignacianos*. N° 4. Edit. UCAB. Caracas-Venezuela. 2002. p.11

disposición de apertura, deseen, verdaderamente, saber si la ignaciana es la espiritualidad que mejor se adapta a sus necesidades existenciales.

Dicho lo anterior, ¿cuáles serían, en definitiva, los rasgos distintivos de una persona que viva desde la *Espiritualidad Ignaciana*? Este es un tipo de pregunta compleja, pues se puede tener la tentación de las recetas homogeneizantes y no se puede perder de vista que la *Espiritualidad ignaciana* no pretende anular la singularidad de cada sujeto, sino cualificarla. Ahora bien, sin querer ser exhaustivo, se pudiera decir que sí existe un “aire de familia” caracterizado por los siguientes rasgos, los cuales, dependiendo del sujeto, estarán marcados en mayor o menor medida²¹:

- a) Busca dar respuesta a las preguntas existenciales desde la perspectiva cristiana, modulada por la cosmovisión que ha cultivado la tradición ignaciana.
- b) Fomenta una interioridad que le brinda un conocimiento personal para reconocer, con humildad, sus fortalezas así como sus ámbitos a trabajar.
- c) Familiaridad con Jesús de Nazaret y su modo de proceder, lo cual le permite tenerlo como modelo de humanidad.
- d) La relación con Dios, de la que brota un profundo agradecimiento, hace que emprenda todas las cosas con un sentido de Magis. Amor con amor se paga.
- e) Tiene una aceptación positiva de la utopía cristiana y despliega sus dones, así como sus talentos para que esta se vaya haciendo una realidad sensible.
- f) Vive una sano y responsable diálogo con su aquí y ahora.
- g) Es nuclear el servicio desinteresado, como actitud de vida. Se entiende como un ser-para-los-otros.
- h) Cultiva un sentido de cuerpo. Reconoce, aprecia y fomenta el trabajo con otros.
- i) Practica el discernimiento, según los métodos ignacianos, para orientar su modo de proceder.
- j) Hay una sensibilidad especial, tal como la tuvo Jesús de Nazaret, por los menos favorecidos, excluidos de la sociedad o los que se encuentran en las periferias existenciales.
- k) Se orienta por el principio del bien común, el destino universal de los bienes, la subsidiaridad y la solidaridad.
- l) Tiene como valores fundamentales: la verdad, la justicia y la libertad.

A MODO DE CIERRE.

El presente material ha pretendido tener un tono introductorio, suministrando los elementos que se consideraron fundamentales para una comprensión inicial de la vinculación entre la identidad y la espiritualidad ignaciana.

Una última idea que no se desea dejar pasar: el asumir la *identidad ignaciana* no significa, de ninguna manera, que se esté enajenando la *propia personalidad*, sino que es un proceso de complementación. La ignacianidad le ofrece un plus a la identidad personal.

Otro aspecto del que es conveniente ser consciente, consiste en que muchos de estos rasgos van a contrapelo de las tendencias culturales dominantes del mundo contemporáneo. Eso, en su momento, exigirá tomas de posiciones que podrían no ser fácilmente aceptadas. En este sentido, se ratifica que esta identidad se forja y temple mediante el cultivo personal de una espiritualidad centrada en Jesús de Nazaret.

Nos sentiríamos muy complacidos si este texto despierta la curiosidad y el deseo de conocer más sobre cada uno de temas correspondientes al eje de *Identidad ignaciana*. Indudablemente será toda una aventura personal.

²¹ Se debe advertir que estos rasgos no se enuncian como puntos de partida, sino como horizontes de desarrollo humano. Lo que sí debe estar presente es el deseo de cultivarlos e integrarlos como el modo proceder natural.